

Nacionalistas demócratas y violentos (de los fines y los medios)

José María Vinuesa

Catedrático de Filosofía de I. E. S.

El paso de la Mesa de Ajuria-Enea al Pacto de Estella (que los políglotas llaman «Lizarra») ha significado un reagrupamiento que clarifica la línea de demarcación de las fuerzas políticas del País Vasco. De la separación tradicional entre «demócratas» (todos los demás) y «violentos» (el M.L.N.V.), se ha pasado a la distinción entre nacionalistas y no nacionalistas, atribuyendo su valor real (ninguno) a la ubicación tan oportunista como insignificante de Izquierda Unida del País Vasco. Ya de entrada, la nueva división es mucho más correcta desde el punto de vista lógico, por cuanto utiliza un sólo y mismo criterio para separar los grupos divididos: el nacionalismo. Es menester, para poder entendernos, interpretar la antigua división como operada entre violentos y «no violentos», único modo de entender lo de «**demócratas**» sin incurrir en disquisiciones terminológicas inacabables y falta de rigor lógico en la división.

Los movimientos tácticos y conceptuales consiguientes a la evolución del mapa político exigen replantearse la distinción entre los nacionalistas no violentos y los violentos (es decir, los terroristas y sus secuaces). Dicho en otros tér-

minos, se trata de establecer cuál es el criterio relevante en la clasificación de los nacionalistas sedicentes demócratas (también llamados «moderados»); si el nacionalismo (fin) o su carácter no violento (medios). Aunque alguien pueda creer que me enzarzo en la consabida cuestión acerca de si son galgos o son podencos, creo que algunas reflexiones acerca de este asunto pueden ser esclarecedoras.

Entre otras cosas porque, para algunos, el planteamiento mismo no es aceptable. Entre otros, mi admirado compañero José Antonio Marina, para quien —en un artículo publicado hace ya más de un año— no se pueden distinguir nítidamente, en la realidad, los medios de los fines. De ahí concluye que no hay coincidencia en el fin entre los nacionalistas, porque «*el fin incluye inevitablemente los medios con los que se pretende llegar a ese fin*». Fin, para él, «*es la meta más el conjunto de todos los pasos que llegan a ella. Separar los medios y los fines es un logicismo que no encaja con el comportamiento real del ser humano*» (ABC Cultural; «El fin y los medios»). Una vez puesto de manifiesto el concepto de «proyecto», como integración de fines y medios, añade

Marina que «*el proyecto para Euzkadi de quien piensa que la vida ajena es un medio aceptable para conseguir la independencia es radicalmente distinto de quien piensa que no lo es*».

Naturalmente, sería mala fe no querer distinguir entre el **proyecto** global de quienes persiguen su fin por **medios pacíficos** y el proyecto (distinto) de quienes persiguen **el mismo fin** por **cualesquiera medios** (insistiendo en los violentos, por la eficacia relativa que alcanzan y por su mejor preparación personal para ellos). Pero resulta excesivo forzar la distinción de proyectos (enfaticando la diferencia de medios, aunque coinciden en los fines) y exagerar la distinción hasta defender que los fines son diferentes; porque el fin común de unos y otros, para no engancharnos con el lenguaje, es único: la independencia.

Si llamamos «proyecto» al conglomerado de fines y medios (a los que habría, desde luego, que añadir otros elementos y circunstancias), el proyecto vital de un ladrón y el de un abnegado y honrado trabajador son ciertamente distintos, aunque, por hipótesis, ambos tengan como meta exclusiva el obtener la máxima cantidad posible de bienes. Pero, a pesar de

la distinción de proyectos, hay que reconocer que compartir el fin hace familiares, cercanos, a esos dos individuos —aunque sólo sea por el sentido que han dado a su vida— y les separa radicalmente, en cambio, de alguien que aspire a servir a los demás o a «poder irse tranquilo», como pretendía Ortega.

Afirma Aristóteles en la «Política», Libro primero, capítulo 1, primer párrafo, que «todas las acciones de la especie humana en su totalidad se hacen con la vista puesta en algo que los hombres creen ser un bien» («Política», 1.252 a). Encontramos aquí la causa final (fin), como fundamento del actuar inteligente. Poco después, en el mismo capítulo (1.253 a), dice Aristóteles: «La naturaleza es un fin, ya que aquello que es cada cosa una vez que ha completado su desarrollo decimos que es su naturaleza...». Pues bien, no creo que quepa duda de que la naturaleza o fin del proyecto nacionalista es la construcción del estado nacional vasco, mediante la independencia (segregación y posterior agrupación) de los diversos territorios que, supuestamente, le habrán de componer.

Ginés de Sepúlveda tradujo al latín y comentó la «Política» aristotélica, en 1554. En su comentario al capítulo que he citado, incluye la siguiente esclarecedora sentencia:

«*Natura enim cuiusque rei in fine ipsius maxime sita est atque cernitur*»; es decir: «La naturaleza de cada cosa se basa principalmente en el fin de la propia cosa y en él se manifiesta». Puesto que se dice de tal proyecto que es nacionalista vasco e independentista precisamente porque esa es su naturaleza, ya que persigue como fin la independencia de la nación vasca, la coincidencia en el fin de unos y otros nacionalistas es plena.

No cabe duda de que —sin pretender que los medios sean in-

diferentes ni que el fin pueda justificarlos— lo que califica radicalmente a un proyecto, su **naturaleza**, es su fin. El dramatismo de la realidad del País Vasco antes de la tregua de E.T.A. (y, en buena medida, también después, para quienes siguen sufriendo «la violencia de baja intensidad») inclina a percepciones miopes. Cuando la vida, la libertad o las pertenencias de muchos están amenazadas, a **corto plazo**, como consecuencia de **los medios** empleados por algunos independentistas, es fácil cometer el error (intelectualmente gravísimo) de condenar los medios y comprender (admitir o, al menos, tolerar) los fines. La equivocación procede de comparar **el fin perseguido**, cuya naturaleza inaceptable, eventualmente generadora de desastres, a **medio plazo**, no se aprecia tan alarmante como **el salvajismo de los medios** con que tal fin es perseguido, **en el presente**, por algunos (terroristas). Del alivio (un poco frívolo) que genera la percepción del peligro nacionalista (el fin) como más alejado —aunque potencialmente mucho más catastrófico—, se pasa a contemporizar con el fin, para descalificar más intensamente los criminales medios con que algunos defienden el nacionalismo.

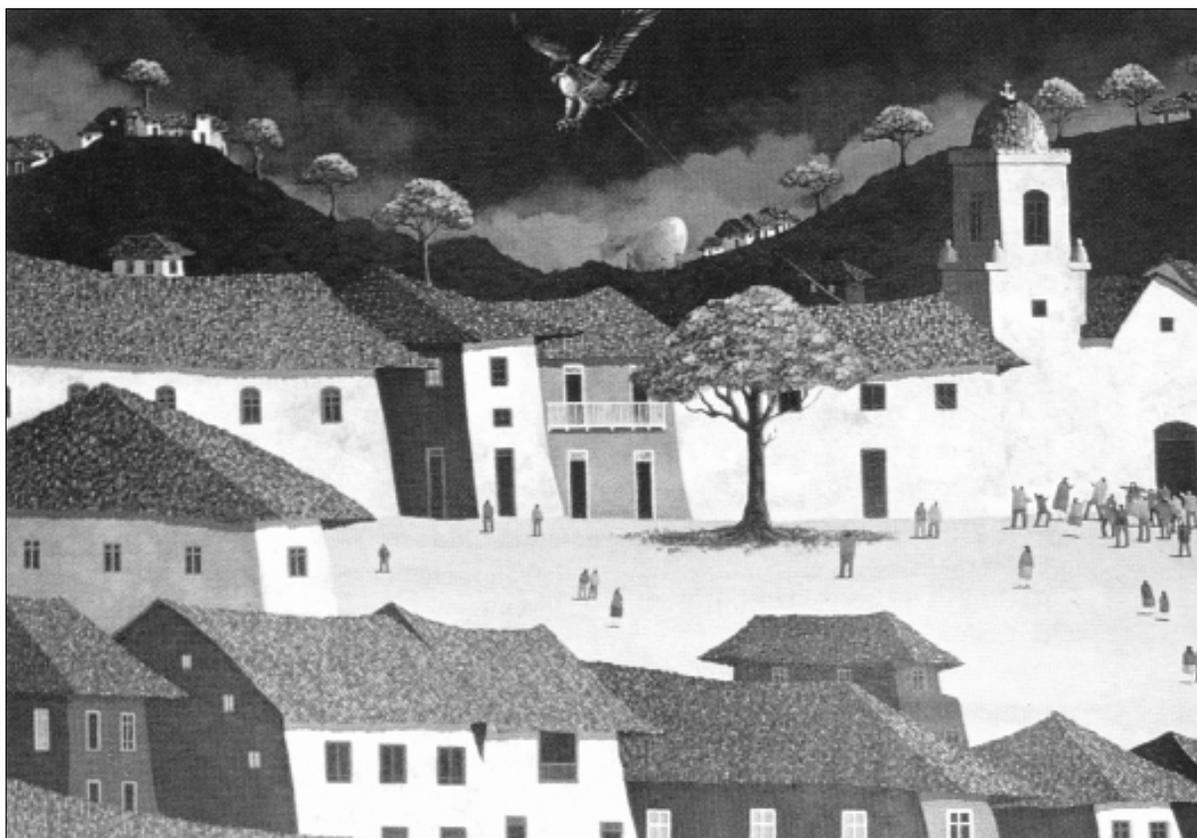
Con esta injusta discriminación se demonizan (con razón) los métodos terroristas y se consiente sin justificación alguna su móvil y razón legitimadora; el nacionalismo, lo que implica olvidar dos puntos:

a) El terrorismo etarra ha causado «sólo» (pido perdón al decirlo) unos cientos de muertos; no ha llegado (por poco) a 1.000. Es duro tener que advertir que está aún por saber cuántos muertos causará en el próximo futuro el nacionalismo; también el antes tenido por moderado, del que hoy ya se advierte que se está radicalizando.

b) Requeriría un análisis más profundo determinar si los medios terroristas no son cabalmente los más adecuados y coherentes para un proyecto sectario, excluyente, alucinado e irracional como el nacionalismo vasco.

En el artículo antes citado menciona J. A. Marina los «trágicos desgarramientos que se dan en el País Vasco entre nacionalistas violentos y nacionalistas demócratas» y alude al corazón de los nacionalistas moderados que «está partido entre simpatías viscerales y condenas racionales, entre repugnancia por los procedimientos y entusiasmo por las metas...». La evolución de los acontecimientos se ha vuelto, creo, contra este análisis; los pasados desgarramientos entre nacionalistas se están olvidando apresuradamente y la unidad de metas justifica (aunque sea mediante el silencio o la abstención cómplice) los procedimientos violentos, que cada vez repugnan menos.

Un nuevo desenfoque coyuntural —miope por ver sólo el corto plazo— podría sugerir falsamente que los moderados hacen menos ascos hoy a la violencia terrorista porque ésta ya no quita la vida (aunque tampoco deje vivir a los amenazados). Creo que la mayor afinidad (estructural, no coyuntural) en la familia nacionalista procede de que todos sus analistas juzgan que el nivel de violencia hoy actuante es el que más conviene a la presente situación. En el futuro, la causa nacionalista —por medio de sus profetas más carismáticos, algunos tenidos aún por demócratas, moderados y pacíficos— marcará cuáles son los niveles de violencia «inevitable». Todo apunta a la necesidad de superar cuanto antes la distinción entre nacionalistas radicales y moderados, violentos y no violentos. Ese nacionalismo (como cualquier otro) es, por su naturaleza (fin), radical y violento, puesto que está



El pueblo. Gonzalo Endara

basado en una postura de radicalidad intolerante (aunque, tácticamente, se pueda mostrar moderado durante alguna fase) y de enfrentamiento (incomprensión, separación, odio) entre los hombres.

Una prueba indirecta de la identidad de fines (o, dicho en otros términos, de la finalidad genuina y estrictamente nacionalista de los terroristas) es el empeño de ETA en negociar la soberanía conjuntamente con la paz. Podemos interpretar que su violencia ha sido enloquecida, innecesaria, inútil —porque la banda ha dispuesto, a nuestro modo de ver, de medios pacíficos para proseguir sus fines—, pero no debemos cometer la injusticia y el error de suponer que sus gudaris-pistoleros han matado y secuestrado por pura crueldad o modo de ganarse el jornal y que el señuelo de la independencia no era sino una excusa para seguir con sus prácticas mafiosas. Una versión tan reductivista resulta demasiado simple para ser real. Pero,

sobre todo, es estúpida. Es a la estrategia nacionalista a la que conviene alienar a los desorientados espectadores con la teoría de que «estos chicos» (los terroristas) denigran nobles ideas con medios bastardos o, incluso, que justifican sus sanguinarias acciones con el pretexto de un nacionalismo insincero. El desenmascaramiento ideológico del nacionalismo requiere, por el contrario, hacer notar que la violencia terrorista es hija legítima del nacionalismo vasco y que los etarras, tras suponer que el fin justifica los medios, han causado un inmenso dolor (muerte, sangre y lágrimas) mientras perseguían la independencia de su patria vasca y los ideales nacionalistas. A modo de conclusión: es mucho más evidente el nacionalismo de los terroristas etarras que el carácter no violento de los demás nacionalistas (al menos, si hacemos una referencia esencial y no estratégica al proyecto nacionalista y su previsible desarrollo futuro).

Como escolio, para acabar, no es sensata la reiterada afirmación del Gobierno español según la cual no va a negociar ningún aspecto político porque «la paz no tiene precio». Una cosa es que no esté el Gobierno dispuesto a pagar **cualquier precio** y otra que no comprenda que la paz, como cualquier bien de auténtico valor, puede tener **algún coste razonable, asequible**. Otra alternativa es que se encuentre el Gobierno haciendo uso de la indecencia habitual del lenguaje político, consistente en negar la evidencia y rechazar rotundamente en el discurso lo que se está pactando entre bastidores. De todas maneras, el precio a pagar por la paz será desorbitado mientras no se entienda y exprese con toda claridad que en el otro lado de la mesa, en la llamada negociación de la paz, no están sólo los nacionalistas violentos (¿ex?-terroristas). La línea de demarcación, efectivamente, se ha movido.